

Lluvia detenida

Natalia Gordillo



Monín, pensar que no estábamos en época de lluvia y eso nos ponía de buen humor. La temperatura bajaba, se podía salir de la casa, abrir las ventanas y dejar que la madera del piso se desprendiera del encierro. Poníamos el maíz recién cosechado en el asador y Riba preparaba arroz con pollo, como haciendo un tributo al puntual cambio de estaciones. Hacíamos el riego del campo todos los días a mano porque el cultivo era lo suficientemente pequeño para los dos y no había necesidad de instalar aspersores. Ella decía que, en cualquier caso, cuando llegara la temporada de lluvias, las máquinas podrían romperse con gran facilidad.

Nuestro encuentro en medio de esta granja baldía había sucedido hace ya varios riegos. Como yo, Monín, Riba apareció de repente dentro de la casa, sentada frente a la ventana con una mirada vaga, que no demostraba mayor confusión. Antes de ella, yo solo me reducía al bajar y subir de la escalera, al sonido de la cafetera anunciando el café, a la lectura de las mismas páginas en el tercer número de Armas de Fuego; ¿la recuerdas, Monín? La revista de Intermedio Editores que costaba ciento ochenta pesos, la que en silencio desaprobabas ver sobre la mesita de café, cruzando tus piernas con sutileza y mirándome con los ojos que luego te heredé. Fue Riba la que pensó en cosechar maíz, en utilizar las semillas





en los costales que yo no había advertido. Desde ese día, a ella le bastaba con la ventana para entretenerse: se sentaba en el banquito y veía hacia afuera, hacia las astromelias y las plantas de maíz. Durábamos mucho tiempo viendo crecer nuestra cosecha, fingiendo a veces que anochecía, que volveríamos a ver la luna aunque nunca se desplazara la luz del sol. La única forma de calcular el paso del tiempo estaba lejos del reloj y más cerca de los piecitos del maíz asomándose.

Aunque siempre negaba un poco su temor a las siluetas negras en el suelo, entre Riba y yo parecía haber alguna clase de acuerdo mudo, como si nos hubiéramos prometido no mirar hacia arriba. Me preguntaba cómo habían aparecido, pero yo no podía responderle porque estaban allí desde antes que yo llegara.

Fue lento, Monín, como verte preparándoles el desayuno a los obreros. Lo supimos vagamente cuando ya caía la tarde: el presagio soleado se había quedado corto e iba a llover. Si uno lo pensaba lento, haber pasado tanto tiempo encontrándole forma a las nubes nunca fue tan significativo como entonces, cuando empezó a tronar el cielo soleado; recordarme echado sobre el pastal pardo de tu casa al medio día ya no lograba rellenar las áridas hendiduras de este campo desierto, y las zanjas en la tierra se habían convertido de pronto en las marcas de un braille indescifrado de lo que en ellas se reflejaba.

El contento se escapó pronto del tinto, y solo quedó el sabor a tierra líquida. Estaba oscureciéndose el día y la luz que entraba por las ventanas era similar a bajar una luz gradual muy lentamente. Me asustaba haber rogado tantas veces por la luna, y me arrepentí en el instante en que las siluetas se fundieron con la tierra cubriéndose del color gris que hace tanto había dejado de reconocer. Sentía en los labios la pronta similitud entre cavar para ti las zanjas de las flores (pasándome los dedos llenos de barro por la boca, con inmenso descuido) y la nueva traición seca de la gravedad

auullando desde arriba. Comencé a percibir el olor a tierra mojada con esa curiosa anticipación que tanto te sorprendía cuando yo era apenas un niño. Riba y yo, Monín, tan confundidos, tan emocionados antes por la primavera y de pronto, de la nada: el calor y su lluvia insoportable, el gris contradictorio ocultando un mediodía que nunca desaparecía. Entramos el maíz del asador con una torpeza casi angustiada, al menos para alguien como yo, que pudo bancarse el salvajismo de la selva con tanta seguridad antes de llegar aquí. Cerramos las puertas y nos sentamos junto a la ventana (ya trancada, con la clavijita floja) a esperar. Antes de cerrar las cortinas, las sombras de los cuerpos dejaron de verse en el suelo; y fue en ese instante, Monín, que cayó el primero, justo cuando Riba observaba por la ventana.



Qué difícil es hacer memoria en mis circunstancias, tratar de ponerme en tus zapatos de tacón bajito, en los pies que antes fueron de botas pantaneras, cuando todo giraba en torno al fusil, al jeep y a la finca, solo para anhelar remotamente haber podido heredar tu coraje. Pensar, Monín, que tú y yo nos estremecíamos en las noches de tormenta por el sonido de las tejas cuando las golpeaba el agua, que nos conmocionábamos por el escándalo de algunos truenos en la noche. Ni la tormenta más fuerte que lograras imaginar, Monín, se podría comparar con esta lluvia. Poder percibir el olor a tierra mojada ya no resultaba ser nada más que un presagio ciego, y solo hasta la caída de ese primero pude comprender que yo solo era capaz de anunciar la lluvia y no el empapamiento del suelo.

No había que comprenderlo, aunque aquí el clima nunca se equivocara. Mi mayor temor se convertía lentamente en hallarte a ti entre el campo, atreverme a salir durante una tormenta y tal vez verte, vertiginosa, hacia el suelo. No teníamos más opción que ocultarnos en el sofá y hundirnos entre los cojines, temiendo que, acaso, el próximo cayera sobre la casa. Cerramos las cortinas, nos restamos a oír cundidos de miedo. Se escuchaban bajar uno tras





otro, vencidos en ese sonido sordo, propio de los costales que se sueltan sin querer desde un lugar muy alto. Llovían las siluetas que Riba y yo acordamos, en silencio, no ver, Monín; las siluetas que ahora eran carne y se volvían sin aparente intención gotas carentes de ligereza. Riba convulsionaba como debían estar haciéndolo, probablemente, las sombras afuera de la casa. Es impresionante cómo los cuerpos parecieron detener su flote, rindiéndose de repente a la tierra con tanta facilidad; no es fácil, igual que con los truenos. Cómo extrañaba ahora las nubes de ese lado, Monín, las nubes certeras y aseguradamente lejos; cómo extrañaba temerle de manera tan ingenua a la lluvia, y no tener que resignarme a oír cómo la cosecha se desquebraja ante los llovidos, ante esas gotas inmensas de carne que se dejaban al suelo sólidas, pesadas, sin pedir ayuda, sin hacer ruido.

Ojalá hubiera pasado rápido, Monín. Ojalá los surcos del arado no se hubieran deshecho por esta lluvia inesperada, por el desacierto de un cielo confundido. Ojalá Riba no hubiera tenido que escuchar el sonido de sus tallos de maíz quebrándose contra el suelo húmedo ante el desplome de los cuerpos; la ruptura del techo cuando estos comenzaron a atravesar el segundo piso. Ojalá nuestro techo no hubiera emprendido su desmoronamiento tan pronto para que no hubiera tenido que ver hacia arriba, Monín, y encontrarte pendular entre la madera del segundo y el primer piso, con tu cuerpo desnudo, viejo y enorme, alcanzándome tan precipitadamente, clausurando la lluvia como si se tratase del final de un acto de magia, confirmando que ya no quedaría rastro de las siluetas negras reflejadas en el suelo, ni en el suelo uno de aquellas formas que las producían.

¿Has visto cómo ha llovido, Monín? ¿Oíste también en tu caída el desprendimiento de este cielo como yo?